

ANTOLOGÍA
POÉTICA
PERSONAL

Javier Zostale

Lectura y Signo, 15 (2020)

LA POESÍA DE JAVIER LOSTALÉ

La dilatada trayectoria periodística de Javier Lostalé (Madrid, 1942) le ha granjeado un merecido prestigio como difusor cultural, que, sin embargo, ha relegado a un segundo plano su obra poética. Fue precisamente también esa entrega a su labor profesional lo que le impidió durante un cierto tiempo una dedicación más asidua a su tarea creativa. De modo que podemos decir de él que hasta la década de los noventa fue más bien un poeta «a rachas», pues acompañó a sus coetáneos casi más como animador de empresas poéticas que como creador. Su papel en ese campo — conviene también subrayarlo — es destacadísimo. Así se lo reconoce un poeta de la talla de Antonio Colinas: «¿Cómo podrá pagar la poesía española la deuda que tiene pendiente con Javier Lostalé, con esta persona gracias a la cual, quizá, yo fui poeta en días de confusión». Y es que ya desde sus años universitarios encontramos a Lostalé dirigiendo el aula de poesía de la Facultad de Derecho que premiaría a un jovencísimo y entonces incipiente poeta llamado Antonio Colinas. Pero asimismo su vocación creativa es temprana. A ella contribuyó sin duda la lectura de la obra de Aleixandre, según él mismo ha confesado, y luego el asiduo trato con el maestro.

Perteneciente por edad a la generación de los novísimos —y en concreto a ese estrato que Castellet denominó los *seniors* o mayores—, se dio conocer en el panorama poético junto a Luis Alberto de Cuenca, Ramón Mayrata, Luis Antonio de Villena y Eduardo Calvo en la antología *Espejo del amor y de la muerte* (1971), que algunos interpretaron —aunque en realidad no fuera así— como una réplica a los celeberrimos *Nueve novísimos poetas españoles* (1970) de Castellet. Sin duda, se mostraba aquí muy poco mimético respecto a la estética dominante, sobre todo en sus rasgos más prototípicos (culturalismo, mitología camp...), y, por tanto, su voz resultaba la más personal del grupo.

Aún habían de pasar algunos años para que viese la luz su primer libro *Jimmy, Jimmy* (1976), en el que se integrarían estos poemas inaugurales. Predomina en él

un tono elegíaco e intimista, pues la infancia —evocada con nostalgia—, el paso del tiempo, el amor —en el que con frecuencia late una íntima frustración—, el erotismo soterrado, los anhelos insatisfechos o la soledad son los motivos más recurrentes. Sin embargo, no se trata de un intimismo autobiográfico al modo del de algunos poetas del cincuenta (aunque se puede percibir cierta impronta de Francisco Brines, a quien dedica un poema y cuyos versos presiden la octava sección del libro). Por el contrario, Lostalé trata de eludir casi siempre el realismo abierto e incluso la expresión directa del yo. Para ello se sirve de la imagen irracional —a veces, de estirpe surrealista, según apunta Villena en su prólogo—, del símbolo —la luz, los pájaros, la sangre...— y de una voz poética que en no pocas ocasiones evita la primera persona gramatical.

En todos estos rasgos Lostalé se muestra como un poeta de su generación, pues la búsqueda de la superación del realismo dominante en sus diversas modulaciones (existencial, social, intimista...) en la lírica española de posguerra, quizás sea el elemento más auténticamente definitorio —más allá de artificios venecianos, moda camp y otras extravagancias y radicalidades— y aglutinador de los poetas de los setenta. Su estética, como explicitaban algunas citas preliminares, entronca con la de ciertos autores del 27: Aleixandre, Cernuda y Lorca (tres nombres, por lo demás, bastante apreciados por los novísimos).

Los elementos aquí presentes se prolongarán en sus entregas siguientes —*Figura en el paseo marítimo* (1981), *La rosa inclinada* (1995), *Hondo es el resplandor* (1998) —, que constituyen una primera etapa, calificada por el poeta de autobiográfica. El primero de ellos, un breve conjunto de composiciones presididas por el motivo del desamor —y del mar y el tiempo, añade Roberto Loya—, tiene su origen, según el propio Lostalé ha revelado, en una vivencia personal. El segundo es un libro central en su trayectoria, como han señalado Luis García Jambrina o Armando López Castro. En él se vislumbra, además, el germen de su evolución posterior. Así, resulta revelador que vaya precedido por una cita de Rilke, uno de los nombres que guiarán su segunda etapa. Aparte de otras composiciones muy significativas —«Madrugada Paolo», «Cementerio y rosa»... — hay que destacar el texto en prosa que lo encabeza, «Confesión», que oficia de poética (de hecho, lo colocó al frente de *Rosa y tormenta* (2011), la primera antología de su obra lírica; y lo mismo haría más tarde José Cereijo en la antología que con el título de *Azul relente* (2014) preparó para la editorial Renacimiento):

Escribo porque me salva, porque es lo único que me queda, porque fija un sonido, unas luces, el final de un acto de amor, el escenario de unas horas de deseo. Escribo porque están conmigo los que ya nunca estarán, porque bajo al mar desde la mesa donde apoyo la cuartilla y me quedo quieto en la memoria de un cuerpo, y prolongo unas voces hasta perder la noción del tiempo (días y años juntos, apretados en un instante que me deja sin defensa). Escribo porque al abrir el seno de una palabra encuentro la iluminación última del beso, porque pronuncio a solas mi única verdad: esa que después desmiento con mi

vida. Escribo porque hay un llanto íntimo que me purifica desde que comienzo a hacer signos en el papel, porque poseo las cosas desde su respiración humana y puedo habitar aquello de lo que fui desterrado. Escribo para ser joven y alimentar una esperanza radical, para tener lo que no tengo y escuchar lo que nunca me dijeron. Escribo porque nunca fue más bello el engaño.

Sin abandonar el componente autobiográfico y elegíaco – presente, por ejemplo, en «Hijo» o en «Mantel» –, en *Hondo es el resplandor* gana terreno lo reflexivo. La evolución es todavía más acentuada en *La estación azul* (2003), colección de poemas en prosa que habían ido apareciendo en forma de textos independientes en el diario ABC. Reunidos por primera vez en *La rosa inclinada* (2002), recopilación de su obra reunida hasta aquel momento, vería poco después la luz en edición exenta en Calambur. La segunda edición (Sevilla, Renacimiento, 2010) añadiría tres composiciones inéditas. Con este poemario Lostalé alcanza, a nuestro juicio, una de sus cimas estéticas, y marca claramente la transición hacia una nueva etapa. En el prólogo que acompañaba a la primera edición, Jaime Siles hablaba de «lirismo solidario» para resumir su poética. Y, en efecto, el autor asume explícitamente desde el texto inicial la renuncia del yo para volcarse en los otros y en lo otro.

No obstante, y por encima de la variedad de los temas tratados – incluido el metapoético y literario – hay que destacar la singular y lograda fusión de lo lírico y lo reflexivo. Un buen ejemplo de esta fusión es «El espíritu de la luna», donde brillan, además de las imágenes, el marcado sentido del ritmo que se logra mediante el recurso fundamental a la anáfora, el paralelismo, la epífora y el hipérbaton.

Con *Tormenta transparente* (2010) Javier Lostalé entra ya de forma plena en su segunda etapa. Una etapa en la que, siguiendo el magisterio de Rilke, el lenguaje poético se concentra y se depura. Esa misma línea se intensifica en sus últimas entregas, *El pulso de las nubes* (2014) y *Cielo* (2018). Los títulos resultan de por sí significativos, pues inciden en la idea de lo etéreo, que implica también el concepto de elevación. Lo que se traduce en un distanciamiento de lo biográfico y en una tendencia a la abstracción. En consecuencia, el estilo se hace más conciso, y la adjetivación, más parca, mientras que los versos se acortan y el poema tiende a la brevedad. Unos versos de su último poemario pueden ilustrar esta nueva mirada:

Que tu mirada
vaya siempre más allá,
como si ya estuvieses
dentro de lo mirado.

Que sólo en ascensión
contemples un rostro
hasta que llueva dentro de ti
con todo su misterio.

Que no descendas nunca
cuando te llame un cuerpo,
sino que lo eleves hasta desvelarte
(...)

Así pues, su poesía parece avanzar desde una etapa «sensitiva» a una etapa «intelectual». Sin embargo, eso no implica que cambien los motivos centrales de su obra. El amor sigue siendo elemento cardinal de sus versos. Pero, despojados de su inmediatez biográfica, se convierte en objeto de reflexión y deja paso a lo no vivido, a lo soñado: «Quien al escribir este poema, / darte quiere sueño y nombre, / definitivamente te borra». De manera que ahora es el propio poema el espacio del amor, un espacio autónomo que crea su propia realidad.

El desengaño y la soledad siguen reflejando la otra cara del amor, aunque ahora se contemplan con voluntad de distanciamiento y con una actitud de firmeza frente a la angustia y la amargura. En este sentido, resulta revelador el poema que clausura *Cielo*, titulado «Cielo completo», cuyo primer verso ya afirma: «De nada te arrepientas». Y es que el amor, incluso frustrado, es capaz de dar sentido a la vida: «Aunque nadie ya te espere, / tu única verdad es saber / que en amor, aun sin rosa, todo es inmortal». De modo que, a pesar de su destacado componente meditativo, la poética de Lostalé no renuncia a la emoción.

En una entrevista con Francisco Brines recogida en *Lector de poesía* — recopilación de reseñas, conversaciones y otros textos sobre diversos poetas contemporáneos — señalaba Lostalé sobre aquel: «Brines ha escrito un único libre con múltiples registros, que se corresponden con las distintas edades y circunstancias vitales». Esa misma afirmación se podría aplicar a su propia poesía. Sus lectores reconocerán fácilmente, en estos ocho libros, jalonados a lo largo de casi cincuenta años, la permanencia de múltiples ingredientes. Y no solo en los temas ya señalados, sino también en los símbolos — la luz, la luna, el azul... — o en ciertos estilemas. Baste, para terminar, otro significativo ejemplo de esta unidad en la diversidad: «Consumación» se titula una de las composiciones de «Jimmy, Jimmy», su primer libro. El mismo título, a modo de prólogo, aparece al frente del último, *Cielo*. Y en él, estas palabras que resumen su espíritu: «la alteración del ánimo se acerca a una conmoción donde todo el ser entra, hasta el punto de crearse un espacio tan puro que existe la tentación de en su verdad desaparecer. La desaparición existe en *Cielo*, un impulso al borramiento como entrega

a lo que ya no tenemos o nunca tuvimos, pero en lo que realmente fuimos y somos». Así entiende Javier Lostalé su entrega a la poesía.

LUIS MIGUEL SUÁREZ MARTÍNEZ

Consumación

En el resplandor del mediodía
hay una tensión de pájaros carbonizados
mientras un aire en brasas
abre heridas en tus ojos.
La soledad es una transparencia sin memoria
y es fácil perderse en un aroma, o en esa gota de agua
que, como chispa, llega a tu rostro.
Una lluvia de luz trae
hasta tu pecho el dolor más hondo;
aquél que no tiene límites,
que es ave, deseo, extensión,
oscuro placer a veces
consumación serena en la impotencia.
¿Hasta esta música desdibujada — tan reconocible ahora —
qué cuerpos llegan y te condenan
o cómo se salvan al recordarlos?
Sin rostro llegan y algunos, como tú,
un día también en el dolor se descubrieron;
mas no puedes verles, porque hay un girar de puertas,
una agitada respiración, una confabulación de espejos
que los borra siempre.
Sus manos extienden, alzan, buscando
en la fragilidad del aire
hundir todavía sus dedos en el resplandor enfermo
que precede a la sombra total.
Pero tú ya no estabas. Tu paso se hizo olvido
con las últimas luces de la tarde
mientras alguien, desde no sabes dónde,
dejaba en tus ojos una suave tristeza
que hacía más imperceptible tu partida.
La luna entretanto descendía su pálida tormenta
y navegaba el sueño de los aún puros adolescentes.

Pureza

Quédate así. Asumido en tu propia luz.
No quieras tocar las orillas
que en invisible vaivén de transparencias
consuman tus ojos en un halo puro.
Que en tu pecho herido por la rosa inclinada de la tarde
la palabra no sea sino una hoja suspendida en el claro de
[la tormenta,
una forma luminosa de unos labios exhalada;
y que los cuerpos deriven junto a ti en silencio,
como un bosque arrasado por la luna.
Que alguien ciegue las miradas que resbalan en el vidrio
[de la madrugada
y en su rayo frío doblan al corzo adolescente.
No sepas nunca el miedo de los sotos
que queman las sombras de los trenes.
Voces caliginosas
con lentos relámpagos
te cruzaban el pecho,
mas ya tú amabas a un muchacho muerto
con los ojos abiertos en la niebla.
El deseo era un tibio cristal
en el que un árbol desnudo flotase
mientras alguien cruza,
y no roza,
pero queda.
Una lluvia de espaldas
reposaba dulce en tu retina,
mas desde tu frágil tiempo de amor
rehusabas ver sus rostros.
La noche te envolvía en sus olas de yodo
y pasaban los amantes en el contraluz de una nube cárdena
haciendo denso el aire oscuro del río.
Luego, el silencio cercaba puentes
a los que arribabas descalzo en el sueño.
Una mano que no sabes quiere ahora quebrar el pulso de
[tu mirada.
No digas nada. No regreses.
Quédate así. Bella pasión sola.

Fue sin saberlo

Fue sin saberlo.
Las copas de los árboles ardían
y ramas incandescentes
como ráfagas se reflejaban en las pupilas,
mientras un aire consumado de presencias
me acercaba cuerpos
nunca tocados. Sí desvelados
en el lúcido vapor de la fiebre.
Luego, con los años, escuché promesas;
no ciertas, resbaladas por el borde de la música
y los vasos de ginebra.
Inventé amor en cristaleras que te hacían bellamente extraño,
como un brillo al que me entregase.
Me consumí en el círculo tenso que el abrazo deja
y quise tocar la limpia carrera hacia el río,
el despertar del deseo, lo que no será,
en el aroma mojado de un cuerpo desnudo
que no proyectó.
Cuando te pensaba, el dolor
hacía traslúcido el paisaje
calcinando la mirada
que inútilmente buscaba en él tu rostro.
A veces hubo cuerpos no consentidos
en naves donde la culpa era un olor húmedo suspendido en la luz,
mientras se oían las voces de los muchachos fuera.
Hoy he puesto tu vida
al rito del fuego y el agua
para hacerte extenso olvido
y amarte todavía en el límite.

Hace falta...

No sois vosotros, los que vivís en el mundo,
los que pasáis o dormís entre blancas cadenas,
los que voláis acaso con nombre de poniente,
o de aurora o de cénit,
no sois los que sabréis el destino de un hombre.

Vicente Aleixandre

Hace falta una habitación de hotel
su despertar ambiguo en el que
los objetos se revelan a la conciencia
con la carga de una mano que resbaló por un rostro,
de una palabra que sonaba torpe
porque muchos años esperó;
del ascensor en el que
las miradas se cruzaban
con la debilidad de un perfume.
En las cortinas ahondado
el cansancio sin secreto
del que se entregó y duerme
mientras el amanecer es una pálida claridad
desde dentro alentada
que se refleja en la tela.
Y la memoria de un cuerpo prolongado allí
entre el frasco de jabón espumoso y la ducha,
en el vapor tocable.
Al salir a la calle los ojos se empañaban
de una tenue lluvia
que, como un mar reverberante,
conocido sólo por sus límites,
hacía borrosos los edificios.
Íbamos mudos, sabiendo que esta luz
no era sino el dolor de un tiempo
que destruyó nombres y fechas
para así evitar el recuerdo
que a una playa a veces lleva
donde escuchar un rostro familiar.
(...)

(...)
Pulpa de una música
por el pecho repetida
que hiciese los años furtivos;
de palabras con contorno de alga
que dejaban en los labios una tristeza
derramada hasta un cielo gris
apenas ya tocado por un relámpago.
Te miraba...
Parecías un desterrado
al que el aroma de una dalia
pudiese causar la muerte en una puerta giratoria.
Con tu alegre camisa abierta
como una vela que en visos cortase el aire
pretendías vencer al destino,
pero pronto unas manos encendían un bajío
y en su extraño flujo quedaba enredada...
...Cuando fuiste a abrir la puerta
un viento iluminó tu espalda
y un instante te vi desconocido y libre;
mas volviendo la cabeza dibujaste
un pesado humo que ni siquiera fue olvido
y dijiste: «Ven. Entra. Nadie nos espera.»

Mendigo

Entre harapos caminabas
pero el fuego hermoso de la tarde
en tu pecho escondías.
Músicas, luces, fugaces deseos,
como un airón que ardiese cruzaban el cielo
mientras tú, lejano, contemplabas su dulce engaño;
ya el secreto sabías de lo que arde alguna vez
para morir después dejando sólo dolor sin memoria.
En la noche, cuando tus ojos buscaban
consuelo a tanto amor,
la mirada suspendías en el viento
y lo transfigurabas.
Desnudo, tu cuerpo ofrecías a una mano
que comprobar quisiera allí la vida.
Manos sin compañía, sin nombre, en el horizonte caídas
que desde su soledad aún débiles señas te hicieran.
Nadie entendió la ascensión de tu sangre.
Nadie escuchó tu silencio.
Los hombres abrazados desfilaban,
sus cabezas derrumbadas por algún pensamiento o tristeza,
hacia las aguas hondas de la noche,
cuando una tibia claridad
descendió hasta sus cuellos
y fue entonces, cuando un momento, todos se reconocieron,
y hasta alguno quiso saber más.
Nadie vio nada. La noche
desde su altura los miraba
y alguien en alguna parte sonreía.
Un hombre solo, viejos son sus vestidos, cruza ahora el puente.
Nunca había sentido una dicha mayor dentro del pecho.

(De "Jimmy, Jimmy", 1976)

Cementerio y rosa

Entre el vapor dorado y punzante de la vieja cervecería
(madera, espuma, hirviente círculo del posavasos)
que prolongaba todas las mañanas el deseo de tu cuerpo
y el pequeño cementerio con buganvillas
apenas hay unos pasos,
apenas hay un pasadizo de luz
que explica ahora, no sé cuántos años después,
las silenciosas órbitas que trazó en nuestra sangre el olvido
mientras la insolación del tacto
destruía en su alta terraza de piel
cualquier signo o símbolo
con el que pudiéramos vencer al tiempo.
Solo, con la memoria de un extraño
que no se reconoce en lo que amó,
he traspasado el umbral del pequeño camposanto
y en las cuencas vacías de todo lo que me calcinó
he plantado una rosa
para ver si todavía el perfume cuenta
lo que ya no tiene voz.

Madrugada Paolo

Buenas noches, madrugada Paolo;
ya casi hace frío
mientras el pecho toca ese desvelo blanco
que sigue a los besos que se saben pasajeros.
Buenas noches, me respondes, y cruzas tus ojos
en la empapante claridad que del puerto llega.
El corazón comprende entonces
que nunca te encontrará más allá de este silencio.
Afuera, la ciudad es un movimiento de luces heladas
donde tiene rostro el abandono
y una palabra a nadie llega
pues la desolación no tiene voz.
Caído reflejo, sombra de ternura,
el suicida entra en las aguas del puerto.
Buenas noches, madrugada Paolo:
una indefensa respiración
me entrega habitada rosa sin memoria.
Es entonces la vida una destemplada luz
en la que gira el soplo triste de un ser.
Afuera, la sombra se hace platino de tanta soledad
y una mujer araña sus labios con el beso que nadie le dio.
Hay un rumor de cuerpos
que en habitaciones clandestinas
como pájaros abatidos
un momento sofocan su largo dolor,
y en algún lugar una peluca
resbala por el fuego de un cristal
mientras secreta palpitación se inicia
en el pulso de unos ojos.
Buenas noches, madrugada Paolo:
la mano tiendes moviendo una historia de silencio
que mi sentimiento encumbra a la más bella existencia
donde tú ya no eres sino el aliento de un nombre
el tiempo puro del deseo que me espera en olvido de ti.
Contraluz de lágrima es la mañana
por el que todos caminan hacia ninguna parte.

(De *"La rosa inclinada"*, 1995)

Hijo

Desde donde no estás me miras tan fijo
que te levanto en brazos,
y escucho la constelación deshojada de tu silencio
que resbala como una violeta quemada en el vacío.
Desde la hora desierta de un vientre
copulas con mi sueño
hasta el vaho final del espejo en que te desvaneces.
Tapiado umbral de mi sangre
con la liana de tus labios acaricias el relámpago de mi nombre
mientras un abismo azul me coloca a tu lado.
Abrazado al silencio blanco de un cuerpo sin aurora
te concibo en la distancia pura que te niega
y beso los pasos transparentes de tu huida.
¿Desde dónde me llamas que veo por tus palabras?:
mas no tu imagen destronada por la misma luz que envías.
¿Desde qué olvido de ti
con su lumbre me tocas?
En la tormenta de hojas con la que mi pecho espera al amante
tu mano abre la luz de una nube
y me deja suspenso en la rosa de su anuncio.
Avanza inexistente corazón de sombras;
refleja tu estrella sin firmamento
en el río seco de mi vida,
para que cuando ya no esté
aún seas memoria de la más sublime desolación.

El mantel

La luz entoldada del pasillo
exhalaba un ritmo lento
de solo de sangre en celo
que terminaba en el flotante humo luminoso
por el mantel elevado entre la tarde y nosotros.
La hora del almuerzo sonaba su tiempo clandestino
juntando las flores de la tela en círculos de sueño
donde el pensamiento tocaba las imágenes.
Y un haz de palabras y rostros desabrochados
amparaba con su vaga realidad
la encendida nube fija
que desde el cielo de la ventana
mojaba nuestro pecho con los pétalos de una presencia.
La habitación entonces se doraba
con la telaraña del deseo
y ahogado todo se hundía
en el vapor de un nombre.
Bajo la línea de flotación de un misterioso latido
transcurría solitaria la adolescencia
sin que nada alterase
la electricidad azul de su desnudo;
hasta que días como bultos incandescentes
dividieron el mantel con sus luces de tormenta
y madrugadas con el fuego blanco de los trenes
lo tomaron con sus ramas de luna destemplada.
El estallido puro de las sombras de un sueño
fue entonces enterrado por la brisa de cuarzo de unos labios
que con sus luces de piedra
un hilo de sangre abría en el seno de un beso.
Y un cuerpo nos habitó
con su extraña claridad de faro
a la que como navíos ciegos nos arrojábamos.
Pasaron los años
y la lenta escritura del tiempo
no tuvo nunca más las décimas desconocidas del mantel.
(...)

(...)

Solos, en el pasillo, apenas podíamos sostener la mirada
en la luz de rosa blanca marchita, de nieve turbia
que desde el comedor hacia nosotros fluía
y nos llamaba con la desnucada palabra
del que más allá de la vida
navegaba su niebla de ojos fijos.
Sobre la mesa, desligado de sí mismo,
el mantel era el olor de la culpa.

(De "Hondo es el resplandor", 1998)

El espíritu de la luna

El espíritu de la luna no vaga por el espacio sideral sordo y ciego al crepitar humano, sino que invierte el sentido del tiempo, altera el ritmo de los seres con sus tormentas invisibles, prende la bóveda de los sueños. El espíritu de la luna habita entre nosotros hasta el punto de crearnos mareas íntimas, de abrirnos los ojos a un estuario de imágenes aún no holladas. Todos tenemos un lado mágico bañado por la luna. Cuando pasa un tren y su sombra retumba infancia, es luna. Cuando pesan las horas y todo parece ser lo mismo, y de pronto unas voces, o una luz transparente, nos inundan por dentro, y no sabemos por qué, es luna. Cuando en una conversación escuchamos unas palabras y sentimos entonces enormes ganas de viajar, o de llamar a alguien, es luna. Cuando subimos a la terraza y miramos los tejados como si fuera el mar, es luna. Cuando lo que nunca dijimos empieza una tarde cualquiera a arder y nos transfiguramos escuchando lo que tampoco nadie nos respondió, es luna. Si sentimos cómo las altas torres del orgullo caen y nos despojamos hasta la claridad del perdón, es luna. Si nuestro corazón sufre taquicardia de un nombre y se abandona a su dulce enfermedad, es que ha subido la temperatura de la luna. Si desde la puerta miramos la cama en la que murió nuestra madre y la vida es un remordimiento que nos purifica, hay luna en la habitación. Si el triunfo de los demás nos alza como un abrazo, y así, alegres, casi suspendidos, lo celebramos, es que la luna ha quemado los labios mudos de la envidia. Las lágrimas sin gafas para ocultarse, el llanto espontáneo como el que ante un amigo se desnuda, la cabeza en un hombro abandonada, todo, todo es culpa de la luna. Y cuando no hay nadie y nos volvemos locos de tanto ver en las sombras, es que la luna ha descendido de su reino y se ha hecho carne. Entre el nacimiento y la muerte, la luna arrasa los engañosos espejos y nos devuelve nuestra imagen verdadera. Somos tiempo en lunación. Astros de luz y sombra, como la luna. Un fuego inextinguible que no cesa, que como la luna navega un cielo siempre inalcanzable para los ojos humanos.

El jardín

Desde que nacemos vamos cultivando un jardín tan íntimo y secreto que hasta nosotros mismos perdemos la llave. Vivimos ajenos a las rosas que crecieron en horas transparentes, cuando el corazón habitó el mundo con el latido de un nombre. Nos olvidamos de despertar el “tiempo en profundidad” –como diría Jorge Guillén– de nuestro jardín. Pero ahí está, dormido, mejor, suspenso, entre nuestros actos y las imágenes que mueven los sueños. Ahí está, como un orbe cerrado donde canta siempre la fuente del espíritu. Hablamos y las palabras son opacas, se levantan como muros hasta que la brisa de un silencio revela, de pronto, temblando, su oculto paisaje. Miramos y en nuestras pupilas sólo se refleja la estrella fría de una sombra. Pero en algún momento nuestro jardín abre su ala de luz y con consistencia de alma van apareciendo todas las formas. Veloces, ávidos, sin memoria, vamos cada día hacia no se sabe dónde. Cometas abandonados a un cielo huérfano, nuestro destino es tan incierto como el aire: todo y nada. Sólo nuestro jardín nos salva. Con las copas de sus árboles nos traslada a la alta luz de la infancia. Con su hora en reposo entreabre el ámbito azul de un deseo. Con sus surtidores aclara tantas voces confusas que perturban nuestro corazón. Con sus irisaciones rescata hasta la lágrima el incombustible rostro de la belleza. Presos de normas, dogmas y días grises, espejo de sí mismos, nuestro jardín es claustro dorado por el perfume de un cuerpo, punto de fuga de un sueño sin orillas, pequeñas llamas o labios que retienen la corola de un beso, nube en libertad en la que se refleja el otro que somos. El ritmo de nuestra existencia está continuamente alterado por celestes estremecimientos que colocan la sangre al borde. Por impulsos desconocidos que nos arrastran hacia radiantes praderas donde todo se consume en la música de su anunciación. Hermosas plantas de desvarío crecen en nuestro jardín. Gracias a ellas renacemos cuando ya nada nos parecía posible. Gracias a ellas sabemos que aún nuestros ojos pueden escuchar al mirar. Y nuestros oídos ser hontanar de palabras ruseñores. Secreto e íntimo desde que nacemos cultivamos nuestro jardín. Tan secreto e íntimo que olvidamos la llave. No importa. En algún instante, sin que nada nos lo avise, una mano pura se alzaré contra el tiempo, y sentiremos cómo dentro de nosotros algo se enciende.

La ciega

Todas las mañanas la veía avanzar a paso gimnástico por el Paseo Marítimo. Su bastón blanco apenas si se posaba sobre el suelo. Iba segura del espacio que recorría y sus pulmones eran dos alas que la entornaban cada vez que respiraba. Iba sumida en el ámbito azul de cueva aérea creado por el tacto de sus oídos que amanecían el mar. Bóveda de una soledad llena de pensamientos como latidos, la ciega renovaba la existencia sin que en derredor nada desplazara. Tan quieta transcurría, y silenciosa. ¿Dónde terminaría su veloz viaje por dentro de sí misma, mientras una sinfonía de aromas creaba la distancia?

Todas las mañanas la veía redimir con los intermitentes relámpagos blancos de su bastón la gris materia sin sueño de tantas horas de mi vida. Por eso mis ojos la seguían hasta donde ya no estaba. Y empezaba a imaginar las ventanas (no las puertas) de su casa: una mansión dorada y cálida, con calidad de castillo suspenso en luz de jardín. Y ya dentro me olvidaba de sus habitantes para hacer más hondo su fantasma, y conducido por el polvillo luminoso de una mariposa mis ojos despertaban su pentagrama dormido ante el cielo estrellado de las letras de un libro. Alguien movía entonces, sin yo saberlo, mi pulso encendido. Y permitía que una mano blanca me desnudara con la inocencia de un gesto sin tiempo, con la temperatura sin respuesta de un sueño. Nadie había, repito, en la casa, por eso bastó mi deseo para que se hiciera de noche. Bastó mi tristeza para que naciera cada ausencia con el perfume de una rosa. Y todo sin memoria, sin su larga cadena de voces.

Todas las mañanas la veía avanzar a paso gimnástico por el Paseo Marítimo. Apenas se apoyaba en su bastón blanco. Era ciega. Era una atmósfera. Nunca supe su nombre, ni su edad. Nunca llegué a verle sus ojos nublados. Sólo supe que, gracias a ellos, comprendí que la vida estaba siempre más allá, al otro lado de todo lo que amamos o deseamos, en ese lugar donde infinitamente solos mágicamente a veces nacemos. Sólo supe que por muy abandonados que estemos, por honda que sea la grieta abierta en nuestro corazón, siempre hay un ser desconocido, casi invisible, que nos enciende la dicha de vivir.

(De "La estación azul", 2004)

¿Dónde estás?

¿Dónde estás, criatura sin amor de mi vida?
Como un planeta silencioso me envuelve tu luz
que tú no sabes y yo no alcanzo.
Quieta caminas hacia mí
dentro de tu ángel dormido
que con su halo de sueño
me despierta a tu lado,
bella criatura sin nombre ni cuerpo
a cuya sombra me entrego
en tiempo y espacio anterior al deseo,
pues allí donde existes
una forma muda
en soledad se recrea.
Pura ausencia de mi vida,
fe sin dios en que amanezco,
concíbeme en tu profundo latido sin aire
para que, juntos, nos olvidemos
en el mismo amor desierto.

El hueco

I

En el hueco que separa dos cuerpos desnudos
hay un cielo pálido de mañana cansada,
una circulación húmeda de silencios
pues labios en cenit aún fulgen desligados.
No existe distancia entre dos cuerpos desnudos,
sino sólo un primitivo pulso sin historia,
un envión de nube táctil sin rostro.
Todo se hunde en la maravilla aplazada de su término
mientras las palabras se apagan entre latidos de mercurio.
En la pequeña asfixia luminosa sucede entonces el mundo.

II

En el hueco que separa dos miradas
crepitan las ramas mojadas del deseo,
y amanece una marisma de vuelos encendidos
que pronto se desvanece en humo azul
donde tiembla, virgen, la respuesta.
No existe distancia entre dos miradas
sino sólo aire suspenso en su envío secreto.
Nadie nunca sabrá quién primero conquistó tan frágil dominio.
Nunca nadie dirá lo que ni la inocencia supo.

III

En el hueco que separa dos silencios
algo se clausura con debilidad de rosa,
mientras la tristeza fluye como un astro de luz fija
que besa la memoria con los últimos sonidos.
No existe distancia entre dos silencios
sino sólo el espacio transparente de una lágrima,
la sepultada aurora del vacío.

(De "Tormenta transparente", 2010)

Desnudo

Tu desnudo tiene la quietud
de una rosa antes del amanecer.
Abandonado en el límite
de la ausencia más pura
emite una luz
en la que entera leo mi vida
sin alterar el secreto de la tuya,
pues quien así se entrega
es sólo ascensión sin tacto,
eternidad de lengua absuelta.
Nadie habite entonces la flotación dormida del amante
hasta que su corazón desborde
y se produzca el bautismo del mundo.
No hay conquista en tu desnudo,
sino postrimería en revelación,
pues principio y fin en él se anudan.
Si me inclino sobre su oscilante cristal de llama
escucho un fulgor de palabras primeras
que me reúne con todo lo amado hasta llegar a ti,
y callo cuanto supe
para reiniciar contigo el tiempo.
Es tu desnudo destino
donde se fecundan aurora y atardecer,
y lo que el pensamiento toca
germina consumación.
No hay en ti desnudo
sino tiempo y espacio en suspensión,
honda sombra con pulso
en la que no dejo de nacer.

Humildad

Qué bello amanecer sin disputa
el de quien nombra el mundo
velado en su propia sabiduría
para así toda música escuchar
con su oído siempre nuevo,
pues posee la inocencia
del total encendimiento.
Como alba acude siempre
a levantar lo desposeído
hasta que crezca un sueño
que en alguien se multiplique.
Callado se apaga a la puerta de su jardín
para que brille intacta la rosa de todos,
y canta luego la dicha plena
de ser en lo que no le pertenece.
En sombra despierta cuanto ama,
y cuanto recibe lo convierte en pulso.
Claridad se le torna siempre
la lenta compañía de unos pasos.
Qué bello amanecer de sumas
para arder en un corazón solo.

Nubes

No tienen memoria las nubes,
su tránsito de espejo en vuelo
se consuma en libertad de luz cambiante.
Apenas necesitamos levantar los ojos
para sentir el leve peso de sus formas,
tan ignorantes de nuestro desvelo
como de la soledad pequeña de unos pasos.
Ángeles insomnes de claridades y tormentas
queman las nubes el pecho adolescente
con su sofoco tibio de pajar.
Y si un viento de sombras las cruza
tiemblan navíos fantasma en cada ventanal
mientras al fondo manos maternas
se posan en un silencio azul.
Oro de sueños siempre en vilo
depositan las nubes en el corazón más solitario,
y el nadador cruza el río
en su propia constelación cegado.
A su paso las torres resumen
la tensión íntima del paisaje,
y entre valles el aire más alto
irradia su secreto.
En su luciente desvanecimiento
las nubes nos ignoran,
pero hay en ellas un fugitivo soplo carnal
que nos anuda sin tiempo ni destino
a la universal pulsación de lo aún no concebido.

Respirar

Respirar es lo junto,
lo que sin término
en lo fijo se desnuda,
la cresta inviolada de la pasión
que turba la sangre
con sus mínimas flores de niebla.
Respirar es numen siempre encendido,
lenta memoria en sueño despierta,
tiempo de cielo inclinado
sobre el vaho de una llama oculta.
Miradas hay que respiran
desde el fondo de su soledad sin orillas,
mientras otras nos reciben
en la brisa, dulce compás,
de su eterna amanecida.
Respirar es un viaje quieto
en el que tiembla en ondas
el pecho de los días.
Los amantes se asfixian
en doble respiración consumados,
y en sucesivos anillos de lágrimas
el abandonado se borra en su aire.
Respira el viejo en su grieta
su tempestad de sombras.
Todos dentro de un engaño respiran
ajenos al vuelo sin nadie
del suspiro final.

Despertar

Sin nadie despierta,
quieto en la intimidad sin pulso
de lo absoluto.

Desliza su mano
por la distancia iluminada
de un cuerpo que no existe,
y se abraza a un espacio
que en olas sucesivas
anuda su pecho
al tacto hondo de una sombra
en su deseo concebida.

Y allí dice
lo que no tiene
hasta temblar en soledad
la vida entera.
Cierra luego los ojos
y se entorna en la luz última
de lo perdido.

Sin nadie
más puro amanece el día.

(De "El pulso de las nubes, 2014)

Regresas

La luz que envuelve hoy tu casa,
mientras a ella regresas,
es la misma que un día te borró
en la dicha pasajera de saberte amado.
Tanto es así que no eres tú
el que ahora en soledad camina,
sino aquél que nunca acabó de llegar
extraviado en el único paisaje
de la memoria encendida de otro ser.
Por eso un momento te detienes
para, separado del mundo,
escuchar de nuevo la voz
de quien ya no existe,
pero que ahora te otorga
el don inmortal
de volver a nacer dentro de su olvido.

Oscurecerse

Ha llegado la hora
de que te oscurezcas,
para que de todo separado
hables la entera redención
de aquello que no fuiste,
y así más puro te despidas
en amor no nacido arrodillado.
Ya nada pides que no sea
adoración de una verdad tan secreta
que en silencio te respire
con su oxígeno de aurora.
Incierto vértigo fue tu vida
sin un corazón para el reposo,
hondo sueño
nunca en ti pronunciado.
En llama muda
de cuanto no amaste
arde todavía tu atardecer.

Error

Ciego error fue tu vida,
cielo caído sin tumba
de tanto sueño sin aurora.
Crepúsculo fue tu vida
de rosa nunca mirada,
lumbre sola
de beso deshabitado.
¿Quién todavía viene
y te concibe
dentro de su olvido?
¿Qué ángel sin sombra
te ahoga en su transparencia
hasta hacerte cuerpo
de lo que no existe?
Niebla ya tú mismo
de tan desposeído,
tu mano este poema
aún escribe
sabiendo que en su amanecer
late un corazón sepultado.

Árbol

Ese árbol pequeño
no busca amparo
en ninguna mirada humana.
Cada día se recibe a sí mismo
hasta alcanzar sin memoria
su honda plenitud,
y así repartir su gracia
sin escuchar otra respuesta
que el vuelo quieto
de su propia respiración.
Ese árbol eres tú,
solitario canto enamorado,
en medio de un paisaje
que mudo también te responde
hasta amanecer
en todo lo que no sabes
pero que ya te inunda con su luz.

Quien ama

Quien ama
cruza la frontera
con un único paisaje dentro.

Quien ama
dobla la velocidad de su pensamiento
para que alguien respire
a través del pulmón de su memoria.

Quien ama
se queda sin pulso
ante quien no viene hoy
aunque su horizonte sea mañana.

Quien ama
se adelanta siempre
con su mirar de ciego.

Quien ama
tiritita de tanto no saber
lo que es su única fe.

Quien ama
arde sin calendario
en todas las estaciones.

Quien ama
asciende tan alto
que ya no encuentra su lugar
fuera de lo amado.

Quien ama
despierto entra en un sueño
del que no quiere volver a despertar.

Quien ama
sin nunca haber sido amado
escribe ahora este poema
en el que se va borrando,
mientras su escritura
no deja de sangrar.

Baila

Baila, baila
con esa sombra
que acompañó tu vida
y en la que no supiste renacer.

Baila, baila
hasta caer rendido
en su paraíso
que no te pertenece.
Aprieta su cuerpo
tan tuyo
que no haces sino borrar
con tus manos y tus ojos.

Baila, baila
con su idea
que en ti se encarna
como un corazón herido.

Gira, gira tu beso
alrededor de un sol apagado,
mientras hay mareas en tu pecho
que se repiten enfermas.
Abre todas las puertas y ventanas
para que te inunde la luz
de quien no te espera,
pero con el que no dejas de bailar
hasta consumarte.

Que tu mirada

Que tu mirada
vaya siempre más allá,
como si ya estuvieses
dentro de lo mirado.

Que sólo en ascensión
contemples un rostro
hasta que llueva dentro de ti
con todo su misterio.

Que no descieras nunca
cuando te llame un cuerpo,
sino que lo eleves hasta desvelarte
en esa quieta ocupación
que se hace naturaleza
mediante su fuga.

Más alto que tus deseos
arde inmóvil
en su cielo aún no desprendido,
y anúdate a esa transparencia
que tiene el tacto
cuando se imagina un desnudo.

Sube, sube
hasta habitarte
de esa claridad
que es pulso de todos
y de nadie,
a la que tú darás nombre
de soledad, amor o tristeza
sin alterar su altitud,
alma pura sin memoria.

Vive en permanente ascensión
hasta nacer o morir
cada vez que respires.

Cielo completo

De nada te arrepientas:
tu existencia brilla ya
en su cielo completo,
allí donde vida y muerte
son la misma tiniebla blanca.
Que nada en tu biografía cicatrice
para que sean sus heridas quienes la escriban.
Que ningún otro tesoro busques
más allá de lo perdido dentro de ti.
Conciencia eres ya sólo,
rendida a la más bella desposesión,
la que tú elegiste
sin apagarse nunca el fuego
de su primera turbación lunar.
Abandonado y sin territorio,
no regreses de donde estás,
pues no hay espacio más hondo
que el de un alma habitándose en soledad.

(De "Cielo", 2018)

Soledad

La soledad es siempre horizontal
para que ojos en calma se eleven
hasta tocar una imagen
desvelada en su tiempo más transparente.

La soledad sabe el secreto más hondo
de la lengua con que habla el silencio,
y conjuga el verbo ser
en la absoluta compañía
de lo que no amanece

Callada transcurre la soledad
dentro de su cicatriz de aurora,
sin otra aventura
que la de responder a cuanto no llama
pero que dentro de ella no deja de crecer.

Busca su sitio la soledad
sin conquistar lugar alguno,
pues dentro de sí misma
encuentra su mejor espacio.

Es alta la soledad
mientras inventa su cielo,
y profunda cuando conoce
la imposibilidad de su sueño.

No basta pronunciar su nombre
para alcanzar algo de su verdad,
sólo quien la abraza sabe donde está

Clausura

Las venas de esta hoja
se recluyen en lo absoluto de su luz
para negarte cualquier mirada
provista de memoria.

Una rosa reclusa
toca tu pecho
con su emanación secreta,
sin que puedas descifrar
el movimiento celeste
de lo que sin ti se inaugura.

Todo se recluye
para que al respirar su enigma
tu corazón se purifique
en el incendio más solitario.

Plenitud

¿Qué mudo relámpago
puebla a quien ama?
¿Quién hasta su sombra invade
para en su respiración resucitar?
Sus oídos en insolación
escuchan siempre los mismos pasos,
y en surtidores de luz
su mirada se empaña
mientras se pronuncia
dentro de otro ser.
Todo el paisaje
es un pulso virgen
que se aduna
al horizonte de su pensamiento.
Sin hora ni lugar
en cuanto dice se consume.
Vive ya sin nombre,
como quien no se pertenece
al ser sólo un cautivo
de tan plena libertad.

(Inéditos)

ETERNIDAD

Doble era tu mirada
que nada veía
sin antes haber sido cegada
por el despertar de otra,
en cuya comunión
nombraba el misterio
que, en amor,
del mundo ambas separaba.
Jardín todavía sin memoria
amanecían así las primeras rosas,
donde tus ojos y los suyos
esgrafiaban, también por primera vez,
la belleza de dos corazones aún en niebla
que en doble sueño
temblaban en el firmamento
de su recién nacida eternidad.

Javier Lojalé

